
Entrevista con Víctor Hugo Rascón Banda

La creación como terapia

Helena Díaz Page

Víctor Hugo Rascón Banda es uno de los mejores dramaturgos mexicanos y una de las figuras más destacadas de la vida literaria de nuestro país. En esta entrevista con Helena Díaz Page, el autor nos revela los pormenores del quehacer dramático, las relaciones entre creación y enfermedad y los poderes curativos de la imaginación.

Pasáis la vida como si siempre fuerais a vivir; nunca se os ocurre pensar en vuestra fragilidad. Jamás tenéis en cuenta la cantidad de tiempo que ya pasó: lo gastáis como si dispusierais de un caudal inmenso e interminable, siendo así que quizás ese mismo día que vosotros habéis destinado para pasarlo entretenido con un amigo o en cualquier negocio, pudiera ser el último de vuestra experiencia. Es necesario aprender a vivir la vida durante toda la vida; y lo que quizá te pueda sorprender con mayor motivo es que durante toda la vida debemos aprender a morir. No hay motivo para pensar que cualquiera haya vivido largo tiempo porque le salieron canas o porque lo vemos con la cara arrugada; éste no vivió largo tiempo, sino que estuvo largo tiempo en la Tierra. Nadie te restituirá los años, y cuando mueras nadie será capaz de hacerte vivir de nuevo. La vida seguirá adelante desde que comenzó a ser vida y no retrocederá en su camino ni se detendrá; ni un ruido cualquiera, nada te advertirá de su velocidad, se deslizará suavemente callada... ¿Qué se le va a hacer? Mientras tú andas distraído, la vida se apresura; entretanto, llega la muerte, y ante ella, quieras o no quieras, será necesario que te desprendas de todo para recibirla...

Séneca

Víctor Hugo Rascón añade en su libro y verbalmente para mí: “La vida es breve como una flor, como un suspiro”...¹

Maestro, ¿tiene ya alguna respuesta a la pregunta que da título a su libro: ¿Por qué a mí?, después de su devastadora experiencia en el hospital?

Sí, mi madre me ayudó a encontrarla y es que nadie es un ser privilegiado para estar exento de un accidente o de una enfermedad mortal. Pero estamos en la Tierra y somos seres humanos sujetos a enfermedades, a la vida y a la muerte. Cuando yo me hice esa pregunta no era porque me sintiera especial, sino porque fui deportista e hice todo lo que marcan las reglas de la nutrición. Bueno, la respuesta la encontré no sólo en mi madre, también en mis investigaciones. Es casi seguro que cuando las personas pasan por un suceso traumático de dolor moral, dolor del corazón, no un dolor físico, normalmente su cuerpo se rebelde y empieza a devorarse a sí mismo.

¹ Incluyendo la cita de Séneca: Víctor Hugo Rascón Banda, *¿Por qué a mí? Diario de un condenado*, Grijalbo, México, 2006, pp. 42-43.

En el capítulo titulado “Las llamadas” hace el emocionante recuento de los telefonemas que recibió de familiares, amigos, colegas, compañeros de trabajo e incluso gente poco allegada a usted enviándole energía positiva. ¿Cree que el amor y la compasión entre los seres humanos pueden hacer la diferencia hoy en día?

Creo que para que un enfermo se recupere debe sentir que es amado, que tiene alguien que lo necesita. En mi caso, yo nunca supe que tenía una familia que me quería, nunca supe que mis amigos me querían. Uno va por la vida y en los hechos cotidianos uno no reflexiona sobre esto. Ése fue el gran descubrimiento: saber que otras personas estaban preocupadas, sufrían por mi destino y pedían que no me muriera. Yo creo que Vallejo por eso escribió su poema “Masa”, donde le dicen a un cadáver desfalleciente que viva, y como se lo dicen todos, revive y sobrevive. Si uno siente que otro lo necesita o que uno va a hacer daño con su desaparición física, uno no se va. El sentirse querido da ánimos para luchar. Pero también es cierto que estar luchando en condiciones difíciles contra una enfermedad en un cuarto de hospital, deprime. El solo color blanco del hospital, el color gris de las sábanas percutidas, deprime; deprimen los aromas, deprime la presencia de las enfermeras, de los aparatos. Pero si uno está rodeado de visitas, de gente que espera afuera para entrar o que está llamando o mandando cartas... Quiero algún día publicar una selección de las cartas que recibí y que todavía sigo recibiendo, unas bellísimas, otras extrañísimas, porque son verdaderamente un testimonio para recuperar el género epistolar, para comunicarse. Yo creo que la tinta o el lápiz se conectan a las venas, al corazón y al pensamiento y algo pasa con esas cartas manuscritas que conmueven, ayudan, fortalecen.

¿Su libro pretendió originalmente ser un manual o una guía para saber cómo sortear una enfermedad grave como el cáncer?

Mi libro pretende compartir una experiencia para ahorrar tiempo y problemas a las familias. Yo hago una metáfora en el libro: el cáncer en una familia es como si temblara en una ciudad. El sismo la devasta: surgen problemas de dinero, a veces hasta de divorcio; se abandonan la escuela, los trabajos... Un enfermo de cáncer desquicia a toda su familia. Por consiguiente es necesario prepararse para una enfermedad mortal, de muchas maneras, que trato de compartir en el libro. El capítulo “Qué hacer” trata sobre quién va a cuidar al enfermo porque no se sabe... Si se le va a cuidar un día o dos, al

cabo de ese tiempo se muere y asunto solucionado. Pero el enfermo puede estar un año y medio como estuve yo en el hospital en dos periodos; y no hay hermanos, hermanas o amigos suficientes para cuidarlo a uno más de quinientas noches. Escribí el libro para compartir lo bueno y lo malo, un poco para advertir y un poco para probar que sí es posible rebelarse a la muerte.

¿Los cincuenta pasos esenciales que usted cita de Greg Anderson, como parte de ¿Qué hacer frente al cáncer?, son extensivos a cualquier situación de crisis en la vida?

Sí, yo creo que es lo mismo si los aplicamos a la política, al conflicto existencial, al arte, a una vocación insatisfecha, o al amor. Hay que hacer lo que dicen los que han reflexionado sobre cómo utilizar alternativas que atenúan, que ayudan, que fortalecen para no vivir alrededor de una enfermedad o de un problema. Si existe un problema familiar o existencial no se puede estar centrado en ello; hay que dedicarle sólo el tiempo suficiente y superarlo con esas acciones que son solamente simples sugerencias. Algunas parecen imposibles de aplicar, pero el que quiere debe arriesgarse a aplicarlas todas si es que desea salir de una situación difícil.

¿Cómo resumiría su posición respecto al derecho de decidir cuándo y cómo morir?

Creo que el derecho a decidir sobre la propia muerte se debe ejercer cuando se está en pleno uso de nuestras facultades mentales, cuando la vida sonríe. La persona debe acudir con dos amigos ante un notario y expresar sus deseos en caso de un estado de coma, de una situación muy costosa o de sufrimiento. Después, como se hace en otros países, cuando llega el momento, un Comité Bioético debe leer e interpretar si coinciden las circunstancias del enfermo con los supuestos que éste determinó y tomarse la decisión de que se dejen de aplicar los medicamentos al enfermo. Yo no estoy en pro de la muerte, del asesinato, o de una inyección letal. En dos ocasiones estuve desahuciado, los médicos habían dicho que ya me moría en quince minutos, mi familia preparó los funerales, vinieron de Chihuahua para llevarme allá. De hecho el doctor Ignacio Sada avisó a las enfermeras que le llamaran para firmar el certificado cuando ocurriera mi deceso. Si alguien me hubiera aplicado a mí la eutanasia yo no estaría vivo. Hay que dejar que el corazón se pare, pero no provocar que lo haga. Ése es el matiz que diferencia un acto de una omisión; retirar los apa-

Salí del hospital para disfrutar lo que había pasado por mi vida sin tocarme el corazón.

ratos y dejar que el cuerpo se consuma es menos grave que provocar el suicidio, el autasuicidio o el suicidio asistido. Yo ya he dicho a mi familia que a mí no me entierren en la Ciudad de México, pues deseo que sea en Chihuahua. Ahora ya saben lo que deseo para que ayuden a cumplir mi voluntad.

Cuenta usted que desde su cuarto de hospital veía un majestuoso crepúsculo de asombrosos colores. ¿Antes de su enfermedad era un observador consciente de la belleza de la naturaleza?

No a ese extremo. Mi madre, desde que éramos niños mis hermanos y yo, cuando salíamos a caminar en la Sierra o en las barrancas, o acá en la ciudad, siempre nos decía: Miren ese cielo, miren esos árboles qué verdes, miren ese río, o en la calle nos decía: Miren esas personas. Siempre nos enseñaba a observar. Tengo una amiga aquí en México, Fanny Rabel, una gran pintora de edad avanzada que está enferma, a quien he llevado durante quince años los fines de semana a Tepoztlán. De camino, Fanny siempre me va diciendo: Mira la calle Patriotismo, la calle más fea del mundo, qué gris; mira esta calle tan absurda, mira esta fuente de las serpientes qué horror; y cuando vamos en la carretera me dice: Mira qué nubes, mira qué azul, mira qué magenta. Siempre he tenido cerca de mí a alguien que me diga: Observa. Pero no tenía la capacidad de observar al grado que la tuve después de sobrevivir. Salí del hospital para disfrutar lo que había pasado por mi vida sin tocarme el corazón.

Usted asegura que la mayoría de los médicos no son lectores, y nos recomienda acercarnos a los libros de Kraus, Porter, Dethlefsen, y Dablke, entre otros. ¿Qué visión de la persona deberían tener los médicos y cómo deberían comunicarla?

Creo que los médicos emplean todo su tiempo en leer los libros técnicos de su especialidad y eluden la literatura y el teatro. Y lo digo por experiencia: Cuando invité a un grupo numeroso de médicos a la presentación de mi libro en el Palacio de Bellas Artes, fue inmensa mi sorpresa cuando muchos de ellos me solicitaron un plano para llegar desde su hospital. ¡Imagínate que estos señores nunca antes habían estado en el Palacio!, cuando yo a los catorce años que conocí la Ciudad de México recién llegado de la Sierra Tarahumara, lo primero que hice, al bajarme del autobús, fue ir a conocer Bellas Artes que había visto en fotografías. El hecho de que los médicos no supieran ni cómo llegar, fue una terrible prueba de indiferencia hacia la cultura. No deseo que la gente sea a rista, pero sobre todo el médico debe establecer un contacto afectuoso con el ser humano.

¿Puede resumir para nuestros lectores la analogía que le despierta la canción de Cri Cri "Allá en la fuente había un chorrillo"?

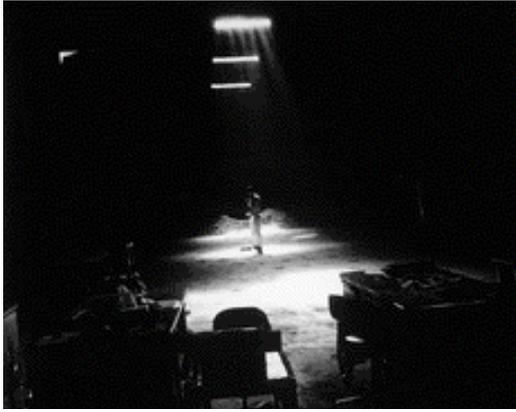


Victor Hugo Rascón Banda visto por Sebastián

Fíjate que en mi pueblo no hay fuentes y cuando llegué allí la canción de Cri Cri yo siempre creí que el chorrillo era ése que yo veía los domingos en la noche en los bailes cuando acuchillaban a una persona en el vientre y salía un chorrillo como una fuente. Para mí la palabra chorrillo siempre me remitía a una vena expulsando, bastante alto, casi medio metro, pues sale con mucha presión, un chorro de sangre. Era el chorrillo que yo veía en los heridos en la plaza, en los puentes o en los ríos, pues en aquellos años había mucha violencia en el país por el alcohol y la ignorancia. Ahora ya hay ley seca en todos los pueblos. Pero yo conocí una fuente, como la describe Cri Cri, a los veinticinco años cuando vine a estudiar Derecho a la Ciudad de México.

¿De qué manera influyó su lugar de origen en su vida y en su obra creativa?

Yo soy de la plena Barranca del Cobre, lejos de la ciudad de Chihuahua. Se hacen tres días para ir de mi pueblo a la ciudad: un día a caballo, otro en camiones que transportan madera y otro día en el tren que viene de Sinaloa. Ahora ya hay avionetas que son muy peligrosas por el problema del narcotráfico. Pero sin duda venir de un mundo así influyó en mi escritura. De esto voy a escribir un libro porque me preocupa enormemente cómo en pleno siglo XXI hay una ranchería en un municipio donde se están suicidando niños de seis, siete años, cerca de Guadalupe Hidalgo, agobiados por el regaño del papá, de una maestra o por un pleito. Voy a hacer un libro de



Cuatro escenas de *Armas blancas* de Víctor Hugo Rascón Banda dirigida por Julio Castillo con escenografía de Alejandro Luna, Sótano del Teatro de Arquitectura de la UNAM, 1982

cuentos sobre este tema, narrando las historias de estos niños que se suicidan entre los seis y los doce años.

Maestro, su analogía sangre=muerte, crimen, también tiene la clásica como símbolo de vida y energía, ¿está de acuerdo?

Sí, por supuesto; de hecho en mi libro faltó un capítulo acerca de cómo me desangré una noche. Me habían conectado transfusiones en ambos brazos; supongo que me moví dormido y mi hermana no se dio cuenta, pues dormía también. Desperté a las cuatro de la mañana mojado y cuando abrí bien los ojos vi que estaba toda mi cama empapada en sangre y el piso inundado. Empecé a gritarle a mi hermana y cuando se levantó no podía caminar porque se resbalaba... Si yo no hubiera sentido aquella humedad, hubiera muerto. Fíjate que la sangre, cuando se va, produce una gran serenidad. Yo estaba inmerso en una laxitud muy agradable, en una profunda serenidad que yo creo se debe a que la muerte estaba por llegar, porque la vida se va yendo, se va yendo, y uno va quedando débil, como sin vida. Por eso cuando uno hace un juramento dice: Te doy mi sangre. O en la Marsellesa, así como en todos los himnos, se habla de la sangre que uno ofrece a la patria. Yo creo que ofrecer la sangre es el máximo sacrificio porque estamos ofreciendo la vida.

Cuando platicaba con su amiga, la pintora Fanny Rabel, usted le sugería creer en Dios para no sentir que ya nada tiene sentido. ¿Cómo separa ella u otros artistas a Dios de la experiencia estética?

Lo mismo Fanny, que otros escritores o colegas míos de la Normal Superior y de la escuela de Derecho, no creen en Dios. Y cuando he visto que a algunos de ellos les ha tocado enfrentar una enfermedad mortal, sufren una gran angustia, una tristeza profunda que nunca les había visto en la vida. No es amargura, sino desesperanza, el no tener en quién creer. Creo que la vida debió haber tenido otro sentido para ellos. Por ejemplo, en el caso de dos amigos pintores ateos, a pesar de su sensibilidad para lo artístico o estético, no se relacionan con

la divinidad ni con la armonía del Universo. Ahí es donde se separan los caminos. Y estas personas antes de morir, creo que sufren más.

Cuenta usted también, cómo al visitarlo en el hospital un sacerdote diocesano, éste se mostró frío y rigorista cuando debía ofrecerle más bien un cálido consuelo. ¿Cree que hay diversos niveles de evolución espiritual independientemente del oficio de la persona?

Por supuesto, y me parece que particularmente en el caso de los ministros de cualquier credo, éstos deberían creer, antes que nada, en un poder divino. Lo extraño de este sacerdote es que no creía en milagros. Me decía: Dios no está para curar, no está para conseguir empleo, no está para salvar vidas, no está para quitar el dolor. Y añadió que los milagros nunca existieron, pues hasta los que se le atribuyen a Jesús fueron actos populistas para darse a conocer. Yo creo que está mal él, no la religión ni los diocesanos, él, que seguramente tuvo una formación inadecuada. Yo le recomendaría que se retire y se convierta en agente de tránsito o en narcotraficante, debe dedicarse a otra cosa y no a atender las necesidades espirituales de la gente que está en un hospital llena de dudas y con toda la fragilidad del mundo.

En su libro cuenta que una vez en Tepoztlán, mientras sus amigos discutían sobre temas religiosos y hasta teológicos, usted, recostado bajo el sol, se limitaba a admirar el colorido y la suavidad de aquel jardín fragante; pensaba, mientras tanto, que de existir Dios, debía estar muy cerca. ¿No es ésta una experiencia mucho más fecunda que la intelectual?

(Sonríe). Ese pasaje de mi libro me ha causado ciertos “problemas” con mis amigos, pues no suena bien eso de que mientras ellos elucubraban acerca de Dios, yo, sin hacer nada, ya lo tenía entre mis manos... Pero no fue esa mi intención. Es un simple ejemplo; y es que esa escena se ha repetido mucho en mi vida con mis amigos intelectuales como Luis de Tavira, Ignacio Solares, o Javier Sicilia, a quienes les gusta debatir sobre teología y religión.



Yo soy un campesino en ese sentido, como el aldeano que no se pregunta muchas cosas, sino simplemente cree...

En el capítulo "Goce puerto el navegante y de salud el enfermo", cuenta que recibió oraciones de mucha gente. ¿Cree en el poder sanador de la oración?

Ahora sí. Yo no creía en eso, pero cuando me enteré de que en numerosas ciudades personas conocidas y desconocidas oraban por mí, algo cambió. Ha pasado el tiempo y me encuentro en los teatros a desconocidos que me dicen: Yo recé por usted en casa. Y yo digo: Con razón estoy vivo. Un día, en Tepoztlán, el cuidador de un estacionamiento me dijo: Yo y mi familia aquí en Amatlán rezamos por usted. Al preguntarle si me conocía, respondió que de la televisión. Creo que alguna verdad profunda apoya estas oraciones.

¿Cómo va el pago de las mandas?

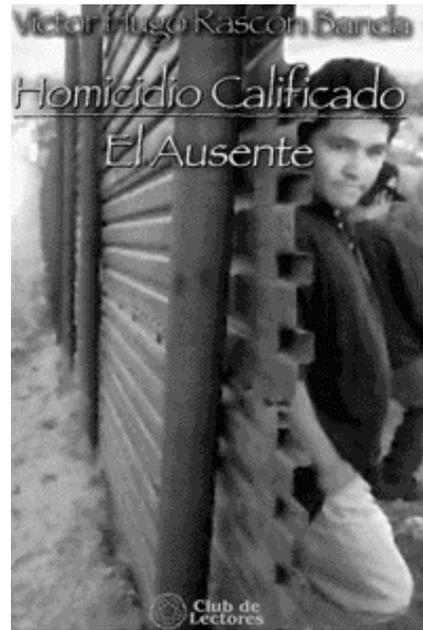
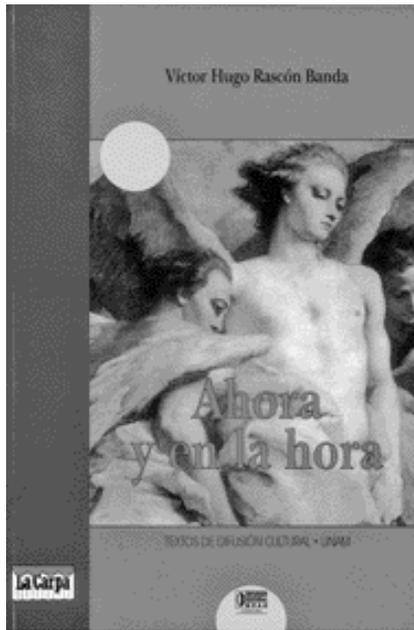
¡Sólo me falta una! Ya cumplí todas, incluso una a la tumba de Juan Pablo II. La que me falta es con la Virgen de Acahuato, espero ir pronto. Esta Virgen está en una montaña frente a Apatzingán, que se ha convertido en arena de confrontación entre narcos y soldados. Tengo amigos ahí; planeamos subir a pie por una cañada maravillosa. Las otras fueron a la Virgen de la Salud en Pátzcuaro, a San Lorenzo, a Ciudad Juárez... Visité a todos los Charbeles del D.F., y de Chihuahua, así como a la Virgen de Santa Rosa de Lima en mi pueblo. Creo que la manda más bella fue la de san Francisco de Maicoba, que está en un pueblecito yaqui de Sonora fronterizo con Chihuahua. Fue muy emocionante porque me acompañó todo el pueblo en sus trocas; la procesión duró muchas horas. Al llegar, sólo ves una modesta ermita franciscana del siglo XVI; y dentro de ella, la imagen de un santo pequeñita, ennegrecida por el humo. ¿Cómo puede ser tan poderoso san Francisco de Maicoba en un pueblo miserable de doscientos indígenas que se mueren de hambre! Matamos animales para darle de comer a todos; lo más interesante es que me acompañaron tam-

bién varias familias evangelistas que no creen en estas cosas de las mandas. A la hora de llegar a la puerta, cuando repartimos las veladoras y las flores que llevamos desde Chihuahua, se acercaron estas mujeres protestantes y me dijeron: Venimos para estar contigo, pero no podemos entrar, no creemos en esto. ¡Imagínate!, el solo hecho de que viajaran hasta Sonora conmigo, fue un acto de solidaridad que admiro y agradezco.

¿Qué obras de teatro tiene actualmente en preparación?

Mi maestro Hugo Argüelles decía que no hay que hablar de los proyectos porque se salan, pero yo acostumbro hablar de ellos. Tengo cinco estrenos para este año que ya se están preparando. La primera obra se llama *Table Dance* que va a inaugurar un centro de espectáculos en el Paseo de la Reforma llamado Penthouse. Es el caso de aquellas mujeres extranjeras: una rusa, una cubana, una checa y una guatemalteca, que murieron y regresan del más allá como fantasmas a contarnos qué pasó; no encuentran el camino de regreso.

La segunda obra se llama *Economía del crimen* y está basada en un libro del doctor Andrés Roemer. Ya se está ensayando y la va a dirigir un maravilloso director universitario, Raúl Quintanilla. La eutanasia es el tema que llama más la atención porque es el que en este momento México no ha legislado. La tercera obra es una novela maravillosa del doctor Arnoldo Kraus: *¿Quién hablará por ti?*, donde él interroga a su madre como víctima del Holocausto y presenta la historia de amor de sus padres, perseguidos por los nazis. Narra cómo llegaron a México y fundaron su familia. Yo adapté la novela al teatro y vamos a estrenar la obra en el Círculo Teatral. Es el amor en tiempos del Holocausto. La cuarta es una obra que estrené en 1988 en la Universidad Veracruzana: *Cierren las puertas*. Es una obra sobre los palenques. Es la Orestíada en el México de ahora en estos lugares de violencia, música, artistas, reinas de belleza y narcos. Tomando como base los cromos de la lotería mexicana, Clitemnestra es la dama, Egisto es el diablo, y así fui adaptando



todos los personajes. Mauricio Islas, un actor joven de telenovelas, es el productor; tiene grandes deseos de producir teatro y de actuar en esta obra. También pienso traer este año, de Cuba, *El deseo*, hecha por dos compañías de teatro. Me dejaron conmovido por esta comedia musical de Broadway, ¡en La Habana!, hecha con una obra mía. Es una experiencia inolvidable. Ésta obra sería la quinta.

¿Por qué no se ha publicado su novela Contrabando?

Por pudor, aunque ha estado a punto de ser editada. Como sabes, está basada en hechos reales; aparece el personaje de Caro Quintero y otros narcos del norte. Es una novela que contiene muchos géneros: el epistolar, el dramático, el cinematográfico, tiene algo de ensayo, algo radiofónico, en fin, juego con todo. Pero muchas personas me han dicho que corrija el último capítulo y por esas ocho páginas no la he dado a la imprenta. Pero ya lo voy a hacer porque es de 1992 y cuando vuelva a salir van a decir que copié a otros escritores, lo que no es verdad.

¿La esencia de esta novela es la de su obra de teatro homónima?

No, no, no. La novela tiene trescientas páginas. Cuando Manuel Camacho inventó como Regente el Gran Festival de la Ciudad de México, nombró a Ramiro Osorio como director. Él me pidió abrir el Festival con una obra mía y en ese momento no tenía ninguna. Y mi amigo Víctor Carpinteiro me propuso tomar tres capítulos de mi novela *Contrabando* y adaptarlos. En efecto, tomé tres monólogos: el de la reina de belleza, el de la madre del narco y el de la víctima del narco. Adicionalmente inventé el personaje del escritor, que me representa a mí, para que a través de ese hilo conductor las tres historias se engarzaran. Así, los tres personajes femeninos se me van acercando. Una de las mujeres me ve como escritor y me cuenta su vida para que yo la publique; otra me ve como judicial y viene por mi complicidad; y la última me cuenta lo que le pasó creyendo que soy un agente de la PGR. Son solamente tres capítulos de mi novela, que es mucho más extensa. ■

Yo creo que la tinta o el lápiz se conectan a las venas, al corazón y al pensamiento y algo pasa con esas cartas manuscritas que conmueven, ayudan, fortalecen.